

sus destinos á todos sus partidarios. Supongo que habréis dicho á la reina María Amelia que me complacería que pasase por Francia en su viaje á España.» La reina Victoria hace el elogio de la viuda de Luis Felipe y de sus hijos, y ensalza su buen tacto y su discreción. «Sí, replica Napoleón III; pero es de sentir que sus agentes mantengan relaciones continuas con mis peores enemigos. — ¿Qué queréis?, contesta la reina. ¿No es natural que los desterrados se inclinen á conspirar? ¿No conspirabais vos mismo?» El emperador termina esta conversación proponiendo á la reina acompañarla durante el día á la capilla de San Fernando, santuario construído en Neuilly á la derecha del camino de la Revolte, en el terreno ocupado antes por la tienda de ultramarinos donde el duque de Orleans, hijo primogénito de Luis Felipe, exhaló el postrer aliento el 13 de julio de 1842. El desgraciado príncipe iba aquel día en un coche ligero desde las Tullerías al palacio de Neuilly, donde estaba su padre. Al llegar al citado camino de la Revolte, cerca de la puerta Maillot, se desbocaron los caballos, y el hijo de Luis Felipe, que era muy ágil y ejercitado en la gimnasia, saltó del coche; pero habiendo calculado mal el impulso, la violencia del choque al llegar al suelo le ocasionó probablemente una conmoción cerebral; el caso es que perdió el equilibrio, cayó de espaldas y quedó tendido en el camino. Le trasladaron á una tienda de comestibles allí próxima, á la que acudió toda la familia real. El duque no volvió en sí, y después de algunas horas de agonía expiró. A la sazón tenía treinta y dos años.

La reina Victoria aceptó la invitación de Napoleón, y visitó la mencionada capilla erigida en memoria de tan triste acontecimiento.

Después de almorzar, el emperador y la emperatriz hacen sus regalos al príncipe Alberto con motivo de su cumpleaños. La emperatriz le da una magnífica copa de marfil muy bien montada, y el emperador le regala el cuadro que agradó al príncipe en la Exposición, es decir, *La Pendencia*, de Meissonier. Luego van á la capilla de San Fernando: Napoleón III compra á una vendedora una medalla conmemorativa del duque de Orleans y de la capilla, y se la da á la reina, diciendo: «Guardadla como recuerdo.» Por la noche, á la comida íntima sigue un concierto clásico, que es la música preferida del príncipe Alberto.

## XLIII

## LA MARCHA DE LA REINA

*Lunes, 27 de agosto de 1855.* Es el día de la marcha, y la reina Victoria escribe por la mañana: «Hoy, en mi habitación tan bien decorada, en este hermoso palacio de Saint-Cloud, y oyendo el rumor de las frescas fuentes que llega hasta á mí, quiero escribir algunas palabras de despedida. Estoy profundamente agradecida por los ocho felices días que he pasado aquí. ¡Que Dios bendiga á Inglaterra y Francia, y que proteja particularmente la preciosa vida del emperador!» El tiempo es caluroso, pero magnífico. La emperatriz ofrece á la reina un hermoso abanico con una rosa y un heliotropo del jardín, y á la princesa Victoria un brazalete adornado de rubíes y brillantes que sirven de marco á un pequeño medallón, el cual contiene cabellos de la soberana. A las diez y media la reina y su familia salen con sentimiento del palacio, en compañía del emperador y de la emperatriz. En el camino encuentran algunos heridos de Crimea, y entre ellos algunos zuavos, «mis favoritos,» como los llama la reina. Pasan bajo la bóveda del Arco de Triunfo de la Estrella, y llegan á las Tullerías, donde la emperatriz se despidió de la reina, del príncipe Alberto, de la princesa Victoria y del príncipe de Gales, que marchan á la estación del Este, debiendo acompañarles hasta Boulogne-sur-Mer el emperador y el príncipe Napoleón.

La salida de París no es menos solemne que la llegada: la misma multitud, el mismo entusiasmo, las calles de Rívoli, de Castiglione y de la Paz, y los bulevares en toda su extensión hasta la estación del Este, están empavesados y tienen colgaduras; por dondequiera se ven trofeos, escudos, pórticos y arcos triunfales. Todos aquellos que no habían podido contemplar las facciones de la reina, á causa de la hora avanzada en que llegó, quieren desquitarse el 27 de agosto de la privación que sufrieron el día 18.

A las once resuena el estampido del cañón, los tambores redoblan y las tropas presentan las armas. El cortejo se pone en marcha por el orden siguiente: el general Renaud, comandante de las tropas y su estado mayor, un escuadrón de guías con su música á la cabeza, cuatro batidores, cuatro coches de dos caballos y otros tres en que van lord y lady Cowley, el marqués de Breadalbane, la marquesa de Ely, el marqués de Abercam, lord Alfred Paget, miss Bulteel, miss Hildgard, el coronel Phipps, el coronel Biddulph, sir James Clark, Monsieur Pousomby, M. Gibbs, el duque de Bassano, el duque de Cambaceres, el

general Canrobert, el general de Montebello, el marqués de Lagrange, el marqués de Belmont, el vizconde de Walsh, la condesa Labedoyère y la condesa de Raineval.

Ocho batidores preceden un coche de otros tantos caballos, en el cual va el príncipe de Gales, el príncipe Napoleón, lord Clarendon y el mariscal Vaillant; al estribo derecho se ve al general Robín, ayudante general de palacio, y al izquierdo al coronel Desmarets, ayudante de campo del príncipe Napoleón.

Doce pasos más atrás los caballerizos y los oficiales de órdenes y el coche imperial tirado por ocho caballos magníficos; en el fondo se ve á la reina, con la princesa Victoria á su izquierda, y en la testera al emperador y al príncipe Alberto; junto á la portezuela de la derecha van el mariscal Magnán, el coronel Fleury y el coronel de Valabrégue, y en la de la izquierda el general de Lawoestine, el general de Cotte y el coronel Lepic; detrás del coche imperial van los ayudantes de campo, los generales de división y de brigada, los cien guardias y un escuadrón de coraceros de la guardia, con su música á la cabeza.

En todo el trayecto la multitud grita: «¡Viva la reina, viva el emperador!» Las damas agitan sus pañuelos, y los hombres sus sombreros. A mediodía una salva de artillería anuncia la llegada del cortejo á la estación de Estrasburgo, adornada más ricamente aún que el 18 de agosto, y donde se hallan los grandes dignatarios del Estado y las autoridades, todos de uniforme. SS. MM. se apean y dirígense inmediatamente al coche imperial, dando el emperador el brazo á la reina, y el príncipe Napoleón á la princesa Victoria. El tren se pone en marcha, en medio de las aclamaciones, y llega á la estación de Boulogne-sur-Mer á las cinco de la tarde.

Una vez en Boulogne SS. MM. pasan revista á las tropas del campamento reunidas en la playa. La reina habla algunos momentos con una cantinera, cuyo buen aspecto y uniforme ha observado, y le dice: «Quisiera que hubiese otras semejantes á ti en mi ejército.» Comen después en el hotel del Pabellón Imperial. Las iluminaciones de la ciudad y del puerto rivalizan, en aquella hermosa noche, con la claridad de la luna y de las estrellas. Napoleón III conduce sus huéspedes al muelle, donde espera el yate real *Victoria y Alberto*, y el emperador y la reina, muy conmovidos, cruzan estas palabras en el momento de la marcha, después de abrazarse dos veces: «¿No es verdad que volverá usted? — ¡Por última vez, adiós, señor! — ¡Adiós, señora, hasta la vista! — Lo espero así.» Son las once de la noche; el yate leva anclas entre el estrépito de las salvas de artillería y las aclamaciones de la multitud que resuenan en los muelles; y á la mañana siguiente, á las ocho, la soberana llega á Osborne.

La reina llevaba consigo de su visita á París y de sus relaciones con los soberanos una impresión de verdadero agradecimiento: había quedado deslumbrada, fascinada por todo cuanto vió y oyó.

Entre el emperador y sus huéspedes hubo un cambio de cartas amistosas desde el regreso de la reina á Inglaterra.

*El príncipe Alberto al emperador de los franceses.* «Osborne, 29 de agosto de 1855. Señor y querido hermano: No dejaré pasar otro día sin repetirle por escrito la expresión de todo mi agradecimiento por las muchas pruebas de benevolencia y amistad que V. M. I. ha tenido á bien darme..... Es una de esas impresiones que no se borran jamás de la memoria, y que nos sirven de compensación en muchos de esos momentos de dificultades y de penas que la vida trae consigo en su curso. Nuestros hijos se conmovieron profundamente por la acogida que se les hizo en Francia, y no se cansan de referirlo á sus hermanos y hermanas. La esperanza que nos habéis dado de vernos de vez en cuando es muy dulce. Que Dios os proteja, señor, así como á la emperatriz, conduciéndola á la feliz realización de sus deseos.»

*La reina al emperador.* «Osborne, 29 de agosto de 1855. Señor y querido hermano: Una de mis primeras ocupaciones al llegar aquí ha sido escribir á V. M. para expresar desde el fondo de mi corazón hasta qué punto estamos penetrados de agradecimiento por la acogida que V. M. y la emperatriz nos han hecho en Francia, así como toda la nación. El recuerdo no se borrará jamás de nuestra memoria, y me complazco en ver en esto, para el porvenir, una garantía preciosa de la cordialidad que une á nuestros gobiernos, así como á nuestros dos pueblos. ¡Ojalá que esta feliz unión, debida sobre todo á las cualidades personales de V. M., se consolide cada vez más para el bienestar de nuestras dos naciones, así como de toda Europa!

»Me despedí de V. M. con el corazón muy oprimido, señor, después de los hermosos y felices días que pasamos juntos y que supisteis hacernos tan agradables. ¡Ay de mí, como todas las cosas de la tierra, han transcurrido demasiado pronto, y esos diez días de fiesta parecen como un hermoso sueño!....

»No podría expresaros lo bastante cuán conmovida estoy por todas vuestras bondades y vuestra amistad al príncipe, así como también por el afecto y la benevolencia de que habéis colmado á nuestros hijos. Su residencia en Francia ha sido la época más feliz de su vida, y no cesan de hablar de ella.

»Hemos encontrado á todos los demás niños en buena salud, y el pequeño Arturo (el duque de Connaught, nacido el 1.º de mayo de 1850) se pasea con su casquete de policía, que hace sus delicias y el cual no quiere quitarse nunca.

»¡Que Dios vele sobre V. M. y la querida emperatriz, á la cual deseo muchas felicidades! Me volvisteis á decir desde el barco: *Hasta la vista*, y con todo mi corazón os lo repito también.

»Permitid que exprese aquí todos los sentimientos de tierna amistad y de afecto con que me repito, señor y querido hermano, de V. M. I. la más afectuosa hermana y amiga,

»VICTORIA R.»

*El emperador al príncipe Alberto.* «Saint-Cloud, 1.º de septiembre de 1855. Señor y hermano: ¿Necesito deciros que cuanto más os conozco mayor aprecio

me inspira vuestro carácter y más amistad vuestra persona? Convencido debéis estar de ello, pues se adivina á los que nos aman. Mucho he sentido la brevedad de vuestra permanencia aquí, porque cuando se tiene igualmente amor al bien, cuanto más se tratan las personas más se comprenden. Doy gracias á V. A. R. por su amable carta, y me ha conmovido mucho la apreciación de vuestra visita á Francia, puesto que la consideráis como una compensación de los enojos inseparables de las funciones elevadas. Yo lo pienso así también, y vuestra visita será siempre para mí y para la emperatriz un dulce recuerdo.

»Os ruego que no olvidéis hacer presentes mis respetos al príncipe de Gales y á la princesa real, así como á los demás príncipes y princesas, pues no los separo de toda la amistad que os profeso. La emperatriz agradece mucho vuestros buenos deseos, y me encarga transmitirlos sus afectuosos sentimientos.»

*El emperador á la reina.* «Saint Cloud, 1.º septiembre de 1855. Señora y querida hermana: Después de la dicha que experimenté al ofrecer á V. M. una cordial acogida, no me ha causado menos satisfacción saber que habéis quedado contenta de vuestro viaje á Francia. Ciertamente aprecio como V. M. el gran interés que tiene para nuestros dos países una unión sincera entre ambos gobiernos; mas aprecio sobre todo las relaciones íntimas establecidas ahora entre nosotros y basadas en una verdadera y leal amistad, pues la satisfacción del corazón estará siempre á mis ojos muy por encima de la de la ambición, y aunque he experimentado un justo sentimiento de orgullo al ser un momento huésped de la reina de tan poderoso imperio, me complace más aún el recuerdo de la señora tan amable y graciosa, del caballero tan distinguido y de los hijos tan encantadores, con los cuales he pasado días de dulce intimidad, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria. Por eso no necesito decir hasta qué punto deseo que puedan repetirse pronto.

»Doy gracias á V. M. por sus buenos deseos respecto á la emperatriz, y me halaga en extremo el interés que manifiesta por lo que es más caro para mí.

»He recibido buenas noticias de Crimea. Pelissier dice que todo va bien y que tiene buenas esperanzas.....

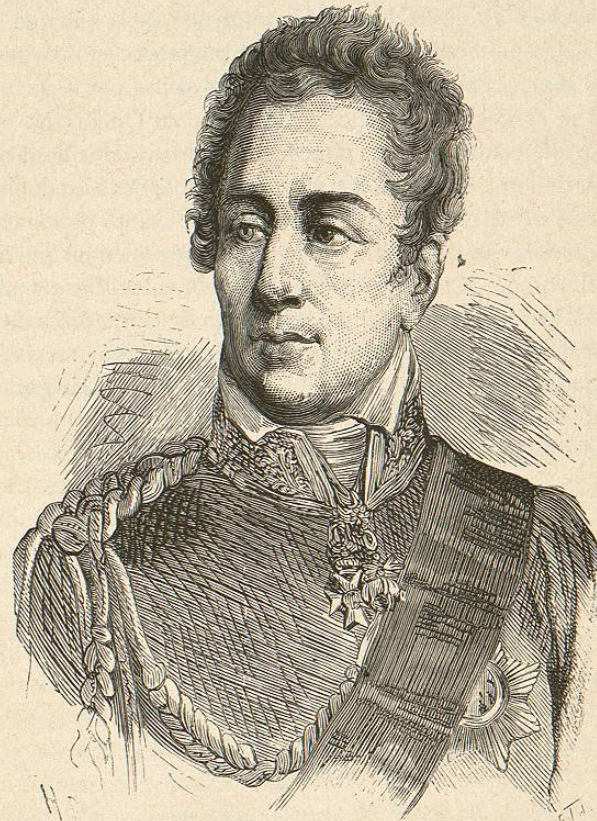
»Ruego á V. M. que me permita expresarle el verdadero afecto y la sincera amistad con que me ofrezco, señora y querida hermana, como el más fiel hermano y amigo de V. M.,

»NAPOLEÓN.»

¡Cuánto habían cambiado las cosas desde el golpe de Estado! Entonces el duque de Wéllington pronosticaba todos los días una catástrofe inminente para su país si no se armaba; llamábase á la milicia inglesa, como si la flota del campamento de Boulogne hubiese aparecido ya en el canal de la Mancha; y únicamente M. Cobden hacía apuestas contra sus compatriotas. Y ahora, no tan sólo se habían desvanecido todos los temores, sino que una alianza cordial unía á las dos naciones acostumbradas á odiarse. Esta reconciliación era obra perso-

nal de Napoleón III y de la reina Victoria: siete siglos de rivalidades y de luchas parecían olvidados.

Los testimonios de amistad que la soberana de Inglaterra prodigaba al emperador de los franceses no eran protestas frívolas y puramente oficiales, nacían del corazón, y es necesario leer en el diario de la reina el retrato que al fin de su



El duque de Wéllington

viaje hizo de Napoleón III. «No es posible imaginar, dice, hasta qué punto se simpatiza con el emperador cuando se vive en su intimidad, como acabamos de hacerlo nosotros, que pasábamos con él diez ó doce horas diarias y en la víspera de la marcha catorce. ¡Es tan tranquilo, tan sencillo y con frecuencia tan cándido, y le complace de tal modo informarse de lo que ignora! ¡Hay en él tanta gracia y buen tacto, tanta dignidad, modestia y respeto en sus atenciones para nosotros! Pocas personas conozco con quienes haya tenido tal grado de confianza, y no hay nada que no me atreviera á decirle. Su trato es particular-

mente agradable; tiene algo de fascinador y de melancólico que atrae hacia él á pesar de todas las prevenciones. Mis hijas le quieren mucho y su bondad para ellas es grande, pero al mismo tiempo muy juiciosa. Consideraré el tiempo que he pasado junto á él como uno de los más agradables y de los más interesantes períodos de mi vida. En la emperatriz hay también mucha seducción, y á todos nos encantó.»

Volvamos ahora á Crimea. Durante la residencia de la reina en Saint-Cloud, el *Moniteur* había publicado una carta, fechada el 20 de agosto, que el emperador dirigía al general Pelissier para felicitar á las tropas por la victoria de Traktir. He aquí su contenido: «La gloria alcanzada en Oriente ha conmovido á vuestros compañeros de armas en Francia, que arden todos en deseos de compartir vuestros peligros. Con el doble objeto de responder á su noble aspiración, proporcionando al mismo tiempo reposo á los que tanto han hecho ya, he ordenado al ministro de la Guerra que todos los regimientos que han quedado en Francia vayan poco á poco á reemplazar en Oriente á los que allí se hallen. Ya sabe usted, general, cuánto me he lamentado de verme lejos de ese ejército que comunicaba mayor brillo á nuestras águilas; pero hoy mi sentimiento disminuye, porque me hace entrever el triunfo próximo y decisivo que debe coronar tantos esfuerzos.»

La hora del desenlace se acercaba.

## XLIV

## LA TOMA DE SEBASTOPOL

Las obras de los franceses han llegado á cuarenta metros del baluarte Central, á treinta del baluarte del Mástil y á veinticinco del recinto que rodea la torre de Malakoff; y las de los ingleses á doscientos metros del Gran Redán. El general Pelissier y el general Simpson consideran que ha llegado la hora del asalto, y éste se verificará el sábado 8 de septiembre de 1855, á mediodía.

A la derecha, las tropas del segundo cuerpo de ejército francés, al mando del general Bosquet, atacarán Malakoff, la Cortina y el Pequeño Redán (llamado también Redán del Carenero).

En el centro, los ingleses atacarán el Gran Redán.

A la izquierda, el ataque del baluarte Central y del del Mástil está reservado para el primer cuerpo de ejército francés, mandado por el general de Salles, y una división sarda.

El punto más importante que se ha de conquistar es Malakoff: si se vence aquí, aunque haya fracaso en todas las demás partes, no habrá remedio para Sebastopol.

El frente de Malakoff mide trescientos cincuenta metros de longitud por ciento cincuenta de anchura. Sus parapetos tienen más de seis metros de relieve sobre el suelo y delante de ellos hay un foso de seis metros de profundidad por siete de anchura. Esta inmensa ciudadela de tierra, que llaman Malakoff, está armada de sesenta y dos cañones de diversos calibres; en la parte anterior se halla protegida por el parapeto la torre de Malakoff, de la que los rusos no han conservado más que el piso bajo, provisto de almenas, y la obra se une por la Cortina con el Pequeño Redán.

Malakoff es la llave de Sebastopol: si se consigue ocupar esta obra defensiva, los rusos no podrán defender ya el arrabal de Karabelnaia; las comunicaciones de la ciudad con el Norte de la rada quedarán cortadas, y la resistencia no será ya posible.

A la 1.<sup>a</sup> división del 2.<sup>o</sup> cuerpo de ejército está reservado el honor de atacar Malakoff: tiene por jefe al general Mac-Mahón, llegado hace poco á Crimea, donde ha reemplazado al general Canrobert á la cabeza de esa división, que será apoyada por los zuavos de la guardia imperial.

La división Dulac y la de La Motterouge, pertenecientes ambas al 2.<sup>o</sup> cuer-